

tro tan malo de una isipela (*sic*) y otras hinchazones, que los médicos temían se le habían de cancerar las narices, y habían acordado hacerle dos fuentes en ambos brazos, porque el mal era muy grande, y con calentura continua, y esto lo padecía desde su tierna edad; la cual, tomando la bendición de nuestra santa Madre, y viéndola así tan fatigada, la dijo tocándole el rostro con las manos:—Jesús, hija, ¿qué es esto?

2. Y dándole cuenta larga de su enfermedad, y tocándole el rostro con las manos la Santa, le dijo:—Fie en Dios, hija, que Dios la curará.

3. Y luego la dicha monja quedó sana de la dicha enfermedad, sin que le volviese en toda su vida.

4. Todo esto vi yo y me hallé á ello.

5. Viniendo otra vez nuestra santa Madre á este convento, estaba la madre priora, Alberta Baptista, en la cama, con grande calentura y gran dolor en un lado, que decían ser de costado; y subiendo á visitarla la Santa, la dijo:—Jesús, hija, ¿y estando yo aquí está ella mala? Ande, levántese y baje á cenar conmigo.

6. La cual obedeció al punto; y tocándola nuestra santa Madre con sus manos, y abrazándola en la misma cama, al punto se vistió y levantó sana y buena y sin calentura, y cenó con la dicha Santa y acudió á otras obligaciones de su oficio.

7. Viniendo el médico á visitarla, que era el doctor Polanco, la halló buena, de que se admiró; y esto, y lo de la madre Ana de la Trinidad, publicaba por milagro, y decía como esas son las cosas que hará la madre *Teresa*, teniéndola por santa.

8. También á esto me hallé presente.

9. Digo, que echaba nuestra santa Madre de sí, en vida, suavísimo olor, y después de muerta todas sus cosas hacen lo mismo, en tanto grado, que un sudario que hay en este convento en que estuvo envuelto su cuerpo, y está manchado de aceite, acaeció que llevándose á un enfermo á petición suya, se lo pusieron y vistieron encima de las carnes; y con los untos y otras cosas que le hacían, quedó todo manchado y mal tratado; trajéronlo y entregáronmelo á mí, y viéndole así le lavé, y después de lavado quedó con las manchas del óleo

y aceite oloroso quel dicho sudario tenía, despidiendo de sí muy fragante olor, sin que fuese bastante el haberle lavado para quitárselo, habiendo quitado el aceite y manchas asquerosas, que traía del enfermo.

NUMERO XXXVI.

Declaracion de don Carlos Beaumonte y Navarra, natural de Navarra, en las informaciones de Medina.

1. Al artículo LXXXI digo, que conocí á la santa madre *Teresa de Jesús*, de vista y comunicacion, y la oí algunas palabras, á mi parecer, de profecía, porque después las he visto cumplidas; porque habrá treinta años, que conocí á la dicha Santa en la ciudad de Soria, adonde había ido por orden de doña Beatriz de Biamonte, mi tía, á fundar un monesterio de Descalzas Carmelitas, de los que la dicha Santa iba fundando; en las propias casas principales de la dicha doña Beatriz, de la cual fundacion estuve yo muy sentido y pesaroso, por parecerme que, haciendo el dicho monesterio, me quitaban lo que esperaba haber de la dicha doña Beatriz, que por lo ménos eran quinientos ducados de renta cada año, muy bien situados; y por esto me enojó, en tanta manera la dicha santa Madre, que no la podía ver; y adelantóse tanto mi enojo, que pasó á indignarme con sus religiosas, y duróme esto por espacio de quince años, poco más ó ménos, en el cual tiempo estaba tan fuerte en mi indignacion y rabia, que todo cuanto oía decir de la santa Madre y de sus monjas, me parecia mal y lo maliciaba y echaba á la peor parte, de tal suerte, que aún después de muerta la Santa me dió la dicha doña Beatriz, mi tía, una reliquia suya por tenerse gran opinion de su santidad, y yo, dudando de que fuese santa, y pareciéndome que todo debía de ser invencion de sus monjas, que podría ser hiciesen lo que hacían, en sembrar reliquias, por autorizar á su fundadora.

2. Tomé la reliquia por no perder el buen respeto á mi tía, y después, no haciendo caso de ella la perdí, dándoseme muy

poco de ello, que como aborrecia y habia aborrecido á la dicha Santa, nada suyo me parecia bien en vida, ni me lo pareció en muerte; y cuando la dicha mi tia me hizo mandándomelo expresamente, que fuese á visitar á la dicha Santa á la ciudad de Soria á los dichos propios casos suyos donde la tenía, fui como á la horca, porque iba con el mismo enojo y rencor, como quien iba á ver á su enemigo; mas al fin la vi, por no descontentar á la dicha mi tia, y por temer, que si no lo hacia así, me podia quitar más hacienda de la que me quitaba.

3. Cuando visité á la dicha santa Madre me habló con mucho amor y afabilidad, y con tan gran recato, que nunca se descubrió, el rostro, sinó siempre estuvo con su velo echado en él.

4. Estuvimos hablando muy buen rato, estando juntos, sentados en un escaño, con palabras muy espirituales y de edificacion, que bastaban á componer mi depravado ánimo; aunque por entónces nada obraron en mí sus palabras, ántes me quedé tan rabioso é indignado contra ella, como ántes.

5. Haciendo reflexion muchas veces de las palabras, que entónces me dijo, se me han quedado tan estampadas en el alma, que una vez y otra vuelvo á mirar y remirar, y se me acuerda que me dijo que estuviese muy consolado, porque lo que á mí me parecia que habia perdido de hacienda é interese temporal, de lo que la dicha mi tia me dejaba de dar, por haber hecho la fundacion de Descalzas Carmelitas, nuestro Señor me lo habia de satisfacer por otro camino; y de esto me aseguró la santa Madre con aquellas palabras, en todo lo cual no reparé ni me hizo más mella, que en una piedra ó en un madero; hasta que pasados los quince años arriba dichos, de mi indignacion y rabia, me sucedió un caso que luégo diré, y con eso comencé, como quien despierta de una modorra, á caer en la cuenta de lo mal que habia hecho en haber estado tanto tiempo en aquel error, indignacion y rabia y pensamiento perjudicial y malicioso contra la dicha Santa y sus cosas; y despues comencé á revolver en mi memoria y conferir entre mí, y estos dias en particular, lo que la dicha Santa me dijo, y hallo que fueron unas palabras proféticas, que Dios me ha cumplido, largamente, por medio de la intercesion de la dicha santa Madre y prosigue en cumplirmelas á manos llenas; por-

que de la manera que la Santa me dijo que Dios me habia de satisfacer por otro camino el interese temporal, que perdía por la razon arriba dicha, todo esto hallo cumplido, y veo que se me cumple al pié de la letra; porque quanto á lo primero, siendo yo un hombre pecador y grandísimo codicioso, vengativo y amigo de sí mismo, y que bebia los pecados como agua, despues acá me ha reducido y dado su gracia nuestro Señor, pues dejando todas estas miserias y vanidades, he tomado el hábito y profesado en el Tercer Orden de San Francisco.

6. Deseo afectuosamente no ofender á Dios, y servirle con perseverancia, frecuentando Sacramentos, tratando quanto es de mi parte, aunque indigno, sólo de agradarle; y á más de esto, he sentido cumplirse la palabra de la dicha santa Madre, porque en mi casa he recibido particulares amparos y socorros de Dios, particularmente en lo espiritual, por la intercesion de la dicha Santa, como constará de lo que iré diciendo, por lo cual me persuado que tuvo la Santa espíritu profético.

7. Estando, pues, con la dicha mala voluntad y malicia, en dudar mucho de la santidad de la dicha santa Madre, en la villa de Arévalo, donde al presente estaba por el año de noventa y seis, pasado el dia y festividad de la Pascua de Navidad, estando en la cama con una grave enfermedad y peligro, de que ya me di por muerto, con deseo y propósito de confesarme generalmente, por parecerme que la dicha enfermedad procedia de pecados; y habiéndolo comenzado á hacer, á lo que me parece, estando una noche agravado con mi enfermedad, en sueños se me apareció la dicha santa Madre, que la conocí muy bien, la cual me dijo con palabras blandas y apacibles:—Mucho has dudado de mi santidad; pues mira lo que dice el Evangelio, que por el fruto que se conoce el árbol: mira el que yo he dado;—representando extendidamente sus palabras la dicha Santa su religion, y la virtud y santidad que en ella florecia, de que ella habia sido causa, con lo cual desperté, trocado ya del todo mi corazon, creyendo que verdaderamente era santa y que estaba gozando de Dios, y que me habia engañado falsamente en los pensamientos pasados que contra la Santa habia tenido, quedando con entera satisfaccion y certeza, y muy seguro de que era santa y que habia sido particular favor y merced la que me habia hecho, en apa-

recérseme y desengañarme, y desde aquel punto la tomé por patrona y abogada, y me comencé á encomendar á ella como á los demás santos canonizados, y lo hago hasta ahora y haré siempre, y de aquella vision quedé asombrado y muy contento de verme desengañado, y así hizo maravillosos efectos en mi alma, porque conocí que era enderezada aquella venida á reformar mi conciencia, en razon del confesarme bién, y hacer cargo de las malas sospechas, y pensamientos y rabias, que habia tenido en todos los años arriba dichos, contra ella y sus religiosas y cosas estando con tan grande ignorancia, que no hacía caso de ello para confesarlo, ni reparaba en el mal que en aquello habia, y así quedé tan advertido con la dicha merced y visita de la Santa, que me confesé largamente de todo lo que alcancé, durando la dicha confesion algunos dias con gran fruto y provecho de mi alma.

8. Asimesmo, en sueños, por dos ó tres veces, despues de lo susodicho, se me ha vuelto á aparecer la dicha Santa, y la vi con hermosura tan rara y exquisita, que espanta; porque me parece que no habria sido en toda su vida tan hermosa, y no sabia cómo pueda ser tener ahora tan gran hermosura, que era tan extraordinaria, que no hallo palabras con que poderla declarar, porque no hay comparacion en las hermosuras del mundo, aunque he visto muchas, y estas nunca me hicieron reparar como aquella, porque era excesiva.

9. Con esto desperté; y descurriendo sobre lo que habia visto, quedé con una inteligencia, de la que dicha Santa me aseguraba de la excesiva gloria que goza, y despues de pasada la dicha vision, quedándome muy impresa en la memoria aquella admirable hermosura de su rostro, que fué la que me arrebató y llevó tras sí; estoy persuadido á que es verdad, porque á más de senificármese, por la dicha hermosura, la gran gloria de que gozaba, me lo daba á entender la alteza del conocimiento de las cosas sobrenaturales que la dicha santa Madre tuvo en esta vida, y luz grande que nuestro Señor la comunicó de sus secretos misterios.

10. Y en razon de esto mismo, que se asienta por verdad en mi alma, se me apareció otra vez la dicha Santa (si fué en sueños ó en vigiliass, eso no lo sé); mas de que estaba como trasportado y suspenso del uso de los sentidos; y de este tiem-

po me quedó estampado y escrito en mi corazon, que la dicha Madre tuvo la luz sobrenatural, que Dios le habia comunicado de los secretos y revelaciones soberanas que tuvo, no por medida, como á los otros santos de este tiempo que se les daba por tasa y como por resquicio, sinó á ventana abierta, con abundantísima luz y claridad con que Dios ilustraba á la dicha santa Madre y la comunicaba los dichos sus secretos; y en consecuencia de ello en esta vision me pusieron por ejemplo á la beata madre Catalina de Cristo, religiosa de las primeras, que la santa Madre recibió en esta villa de Medina, mujer que tiene opinion de santa, y me dijeron que la luz sobrenatural que habia tenido la dicha Catalina de Cristo, habia sido como por resquicio, como comunmente con todos los santos de estos tiempos lo habia Dios hecho; mas que la que comunicó á la dicha santa Madre, á ventana abierta, como ya tengo dicho, y quedé muy asentado y cierto desde entónces, de que la dicha madre Catalina de Cristo era santa, y tambien, desde este tiempo, me encomiendo á ella y la tengo por intercesora; mas siempre entiendo que la santidad de la santa madre *Teresa de Jesús* habia sido sin comparacion mayor, á la manera de la luz mayor que le fué dada; y como yo he tenido tanto ódio con la santa Madre, y despues de ella con la madre Catalina de Cristo, á quien vine á aborrecer con mayor ódio, que á la dicha madre *Teresa*; por esa ocasion entendí que me enseñaba Dios la santidad de la una y de la otra, para que quedase satisfecho y enterado de la santidad de Madre é hija, de cada una, en la manera que era, para que como ántes las habia aborrecido y desestimado, ahora, conociendo su santidad, las amase y estimase y tomase por abogadas, como lo he hecho.

11. Asimismo, en sueños, vi una muy hermosa capilla, muy alto el cerco de ella, todo á la redonda; y preguntando cuya era aquella capilla, me respondieron que era de la dicha santa Madre y de sus religiosas, que tenían la dicha capilla por habitacion y morada; y saliendo de la dicha capilla fui llevado á la casa y monasterio, que me pareció estaba conjunto con la dicha capilla, porque todo era y servia para una misma habitacion y morada de la dicha Santa y de las religiosas, hijas, y luégo vi poner una mesa en bajo, así como cuando

la Reina de España suele comer en bajo, sirviéndola sus damas, y vi salir á la dicha santa Madre con otras religiosas, hijas suyas, que yo no conocí en particular, aunque muy bien, á la dicha santa Madre, y todas ellas se sentaron en la sobredicha mesa á comer; y estando sentadas la dicha Santa y las demás, vi salir de lo interior del monasterio y casa conjunta á dicho templo, á mi tia doña Beatriz de Beaomonte y Navarra, fundadora del dicho monesterio de Descalzas Carmelitas de Soria, y despues monja carmelita descalza, llamada Beatriz de Cristo, que murió profesa en el convento de San José de la dicha Orden, en Pamplona, y la dicha Beatriz de Cristo no se sentó en la dicha mesa con las demás, ántes apartada un trecho en el mismo aposento, donde estaba la dicha mesa, que era muy claro y descubierto al cielo, pero estaba sentada aparte á vista de la dicha santa Madre y de las demás, y vi que en la dicha mesa se sirvió un plato, y que del plato enviaron de la mesa á la dicha Beatriz de Cristo su parte, y del mismo me dieron y comí dél, y luégo me enviaron un plato de confitura, no sé de dónde, del cual envié parte á la dicha mi tia, porque me habia sabido muy bien, y yo la amaba mucho, la cual lo recibió de muy buena gana.

12. Estando en esto con esta vision y aparicion de sueños, desperté y entendí luégo toda aquella vision de esta manera: Aquella capilla tan rica, alta y ventanada, y casa y monesterio conjunto, denotaba á la mansion, morada y cuartel, que allá en la iglesia y cielo impéreo tiene la dicha beata Madre, como patrona y fundadora principal y primera de la reformation y descalcez que ella instituyó acá en la Iglesia militante, y que sus hijas, hijos y religion tenían la misma morada y entraban en el mesmo cuartel, y tambien denotaba la grande gloria que ella goza y los de su religion y hijas que estaban con ella; entendí por aquella mesa que ella y sus religiosas comian, que era la mesa de la gloria; y la fruicion y gozo de la vista clara de Dios, que denotaba el manjar que se comia, de que participaba la dicha Beatriz y dichas religiosas, y el estar la dicha mi tia aparte, participando del mesmo manjar que las demás, pero no en el mesmo puesto, sinó apartada un trecho, se me declaró y entendí ser, que ya la dicha Beatriz de Cristo gozaba de Dios, pero no como la dicha santa

Madre y las demás religiosas de su mesa, porque éstas se le habian aventajado, así la dicha beata Madre, como ellas, por ser vírgenes, y haber sido la dicha Beatriz de Cristo, casada; y del haber participado yo del mismo manjar, que se me envió de la dicha mesa, entendí ser favorecido de la dicha santa Madre, dándome como prenda y señal de mi futura gloria, que vendria á gozar; por la cual, la dicha mi tia habia de estar tan gozosa, que le habia de resultar de ella gran gloria accidental, que eso significó el repártir yo con ella el plato de confitura que se me envió, lo cual todo hizo y hace grandes efectos en mi alma, á veces de gozo y consuelo, y á veces de temor y recelo, aunque siempre me ha quedado una gran esperanza de los bienes celestiales y de los favores que la dicha santa Madre me hace, ha hecho y ha de hacer, y sus santas compañeras, con la dicha mi tia, que tanto me amó.

13. Asimesmo otra vez, en sueños, se me apareció la dicha santa Madre, sentada á una mesa, á la cual conocí clara y distintamente, y estaba comiendo á solas un plato, á mi parecer de carne cocida, y llegué yo á la mesa junto á la dicha Santa, la cual se levantó, y me dió su silla, diciéndome que me sentase en ella á comer de aquel manjar de que ella habia comido mucho.

14. Y con esto se fué y desapareció, y yo quedé á la mesa; y ántes de comer entendí que de aquel manjar habia de comer y habia de dejar; y á esta sazón vi á la dicha Beatriz de Cristo, carmelita descalza, que estaba frontero de mí y como á la mira de lo que comia, como si me contara los bocados, y comí gran parte del dicho manjar, sentado á la dicha mesa; y aunque quisiera comerlo todo, fué forzoso dejar dél.

15. Y en esto desperté del sueño y se me descubrió brevemente la dicha vision, porque entendí que la dicha beata madre Teresa, que estaba allí sentada, comiendo de aquel manjar, denotaba y significaba lo mucho que comió del manjar de las revelaciones y secretos misteriosos, que su entendimiento comió entendiéndolos, y que el dicho manjar queria nuestro Señor que se comunicase á mí, y que reconociese, como lo reconozco, que lo recibia por mano de la dicha santa Madre, y entendí que el haber estado á la mira de lo que comia yo, mi tia, que me fué mientras vivió verdadera madre, en el amor y

la crianza, que hizo en mí, y bienes que me dejó, significaba, que aunque comiese de aquel manjar de revelaciones y comunicacion de secretos, habia de ser á vista de la santa madre Iglesia y de su censura, como mi verdadera madre, y no más ni aliende de lo que se conforma con la dicha santa madre Iglesia.

16. Y el haber sido forzado á dejar del manjar, denota dos cosas: la una, que no todo lo que Dios revela lo puede el alma abarcar, sinó que siempre, aunque entienda algo, hay más y más que entender; y mucho ha de dejar, porque Dios es muy alto en sus pensamientos, y no puede ser entendido del todo; y así el hombre ha siempre de humillarse, dándose por vencido, con reconocimiento de su cortedad.

17. La otra, que entre la buena semilla que el sembrador del cielo sembró en su heredad, el enemigo sembró la cizaña; y así, aunque entre las cosas que Dios comunica siempre de su parte, da buena semilla; mas el enemigo suele sembrar y entregerir la cizaña de la mentira y falsedad, y así siempre se ha de comer y dejar, con el exámen y aprobacion de los espíritus, que dijo San Joan, de que saqué grande luz, para saber cómo me habia de haber en semejantes ocasiones.

18. Asimesmo me apareció la dicha santa Madre en otra ocasion, con un Cristo en la mano, á la cual conocí muy bien, y vi que iba por un templo muy grande y espacioso, como á encontrarse conmigo, y mostrábaseme como con llanto y sentimiento grande, muy compasiva; y así como llegó á mí volvió las espaldas, y salió del dicho templo, un camino arriba: yo entónces entendí que la habia de seguir, y así lo hice, y fui siempre tras ella un buen trecho cuesta arriba y como por escalones; y habiendo llegado á una cuadra alta á donde habia una cama de campo, la dicha santa Madre se echó á la larga en ella, con su Cristo en las manos, y me dijo (porque me llegué junto á ella):—No hay sinó morir.

19. Y á este punto desperté del sueño, y entendí entónces que aquel templo era la santa madre Iglesia católica, debajo de cuya proteccion están todos los fieles, y venir la dicha santa Madre con el Cristo, denotaba tribulacion muy grande que yo habia de tener, en lo cual el total remedio que habia de tener, era abrazarme con Cristo, como la dicha

Santa le traia para mi enseñanza; y el subir siguiéndola por gradas, denotó, que por trabajos, como por escalones, se iba subiendo al cielo, y que el camino de allá era ir siempre subiendo; y el haber llegado á la dicha cuadra me fué significado que habia de llegar á lo sumo de sus trabajos, en los cuales no me quedaba otro remedio sinó extenderme en la cama de campo de la cruz grande, que me esperaba en mi fin y muerte.

20. Y así se me dijo que no habia sinó morir; y el mostrarse tan compasiva la dicha santa Madre de mis grandes trabajos, me dió á entender que por la union de la caridad, que los de la Iglesia triunfante tienen con los de ésta militante, tienen por propios los trabajos y dolores de los de acá, y así se compadecen de ellos, como lo hizo la Santa.

21. Por lo cual vuelvo á creer y tener por cierto que tengo á la dicha beata Madre por mi patrona y abogada en el cielo, por cuyas oraciones espero recibir grandes mercedes, y espero que no me ha de desamparar hasta la muerte, y agradecido, estando resuelto de no decir mi dicho en esta presente informacion, por no obligarme á decir nada de lo que declaro, me vine á determinar de decir, pero fué consultando á personas graves y santas, y especial al padre guardian de los Descalzos de San Francisco de esta dicha villa, al cual, en mi resolucion de no decir, consulté pidiéndole que lo encomendase á Dios, y me diese su parecer en lo que debia hacer en esta ocasion, porque iba resuelto en hacer lo que él me dijese y no otra cosa; el cual despues me respondió, que él y los religiosos de su convento, selectos y de mayor opinion, habian encomendado á Dios el negocio, pidiéndole con oracion y disciplina les manifestase su voluntad, y á todos les habia parecido, despues de haberlo mirado muy bien y ofrecídolo á nuestro Señor, que dijese mi dicho, declarando todo lo que supiese; con lo cual, animado, vine á decirlo, por parecerme que, demás de ser grato á nuestro Señor, era satisfacer y restituir á la santa virgen *Teresa* y á sus monjas la honra que les habia quitado en mi pensamiento dañado y malicias, con que mordezmente todo lo echaba á la peor parte.